

tiempo el sitio habia sido llevado al último extremo del rigor, y los habitantes padecieron todos los tormentos del hambre. Hízose prisioneros á algunos dispersos que habian venido hasta cerca del campamento cristiano en busca de alimento: tratóseles muy afectuosamente por mandato de Cortés que deseaba con aquella conducta ganarse á la poblacion y facilitar su sumision; pero hubo muy pocos que dejasen las murallas de la ciudad, y los mas preferian correr la dura suerte de sus compatriotas á entregarse á merced de los sitiadores.

Pero por aquellos pocos dispersos supieron los españoles todos los horrores que pasaban dentro de la sitiada ciudad. Todos los alimentos comunes se habian acabado, y la gente se mantenía con raices de árboles sacadas de la tierra, con cortezas, con tierra y en una palabra, con todo cuanto podia, por asqueroso que fuese, satisfacer el apetito. La única bebida era la inmunda y salada agua de las acequias.¹ Esta abstinencia rigurosa fué causa de enfermedades que diezmaron la poblacion.

Los hombres enfermaban y morían diariamente

¹ "No tenían agua dulce para beber, ni para de ninguna manera comer: bebían de la agua salada y hedionda; comían lagartijas y ratones y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles; y de esta causa enfermaron muchos, y murieron muchos." Sahagun, Hist. de Nueva-España MS., lib. 12, cap. 39. Relac. Terc., pág. 289.

en medio de todos los crueles tormentos del hambre, y los que quedaban, enflaquecidos y enfermizos, parece que solo estaban en espera de que se les llegase su vez.

Los españoles encontraban confirmadas mas y mas estas noticias, conforme se internaban en la ciudad y se acercaban al barrio de Tlaltilolco, ocupado por los sitiados. Encontraron la tierra removida en busca de raices y yerbas; los árboles despojados de sus verdes tallos, follaje y cortezas. A distancia veíanse las macilentas sombras de los indios vagando por sus antiguas mansiones: encontrábanse cadáveres hacinados en las calles, plazas y acequias; lo cual era un signo indudable de lo angustiado de los aztecas, porque para ellos era un deber imperioso la sepultura de los difuntos. Durante los primeros días del sitio la cumplieron religiosamente; pero en los últimos se contentaron con ocultar á los muertos cuidadosamente de la espectacion pública, guardándolos dentro de las casas. Pero su número habia crecido tanto y los padecimientos de los vivos habia aumentado tan espantosamente, que llegaron á mirar con indiferencia aquella ceremonia y á permitir que el cadáver de sus parientes y amigos yaciese insepulto y se corrompiese en el sitio mismo donde habian exhalado su postrer suspiro.¹

¹ "Y es verdad, y juro amen que toda la laguna y casas y

Cuando los invasores entraron en el interior de las casas, se ofrecia á sus ojos un espectáculo aun mas espantoso. El pavimento estaba cubierto de cuerpos, los unos todavía en los horrores de la agonia, los otros ya corrompiéndose: hombres, mugeres y niños, todos confundidos y respirando aquella atmósfera infecta: la madre con sus hijos pereciendo de hambre en sus brazos sin poder darles ni el alimento que les destinaba la naturaleza: los hombres acribillados de heridas ú horribilmente mutilados, imploraban vanamente de los enemigos conforme los veian entrar que pusiesen término á sus padecimientos. Pero con todo, aun en aquel extremo de miseria, en vez de demandar piedad, se arrojaban sobre los invasores con la misma ferocidad que el tigre herido á quien persigue el cazador hasta su guarida en las selvas. El general español dió orden de que se guardase miramiento con estos míseros é inutilizados hombres; pero los aliados lo despreciaron, porque para ellos no habia distincion posible:

barbacoes estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba." (Bernal Diaz, cap. 156.) Clavijero opina que los mexicanos al dejar insepultos los cadáveres, llevaron el designio de que la pestilencia dañase á los blancos, y les estorbase de internarse. (Stor. del Mess., tomo III, pág. 231, nota.) Pero semejante sistema habria redundado en mayor perjuicio para los sitiados que para los sitiadores, cuya permanencia en la ciudad era solo transitoria. Es natural atribuirlo á la causa que lo ha sugerido donde quiera y siempre que ha habido hambre y peste.

Un azteca era enemigo suyo cualquiera que fuese la situacion en que se encontrase; y en medio de espantables gritos de triunfo dejaban caer los incendiados techos sobre ellos, y envolvian en una misma hoguera fúnebre, á los vivos y á los muertos!!!

Pero los padecimientos que soportaban, por crueles que fuesen, no eran parte á inclinarlos á rendirse; y aun habia muchos, que ya fuesen por la mayor robustez de su complexion, ya por otras circunstancias que les favorecian, mostraban la misma energía de alma y cuerpo y conservaban el semblante firme y resuelto que antes. Desechaban abiertamente todas las propuestas de Cortés, declarando que moririan mas bien antes que rendirse, y añadiendo en tono de amargo placer que las esperanzas de los invasores quedarian burladas, porque los tesoros habian sido enterrados en donde no se les encontraria jamas.¹

Cuéntase que las mugeres participaban tambien de este espíritu desesperado, ó mejor dicho, heroico. Eran incansables en asistir á los enfermos y curar á los heridos, en la batalla ayudaban á los guerreros suministrándoles piedras y saetas, preparando las hondas, templando los arcos, desplegando en suma,

¹ Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS. Martir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 8. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, MS., pág. 45. Relac. Terc., pág. 289. Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 33, cap. 29.

toda la constancia y valor que las nobles doncellas de Zaragoza en nuestros tiempos, ó que las de Cartago en los antiguos. ¹

Cortés habia ya entrado hasta una de las calles principales que conducen al mercado de Tlaltilolco, á cuyo punto se dirigian igualmente los movimientos de Alvarado. Un solo canal habia por aquella parte; pero era muy ancho y fué esforzadamente defendido por los indios. Una noche estando los soldados españoles en sus atrincheramientos les sorprendió una luz estraña que salia del teocalli mayor, que estando á la parte del Norte distaba mas de los reales castellanos. Este templo consagrado al terrible dios de la guerra solo era segundo en tamaño al de la plaza mayor, y mas de una vez habian visto los españoles conducir allí á sus compatriotas, al espantoso sacrificio. Supusieron, pues, que ahora tambien se estaria celebrando en él alguna ceremonia diabólica; pero las llamas á cada momento subian mas alto, hasta que no quedó duda de que el templo mismo se estaba incendiando. Todos los sol-

1 "Muchas cosas acaecieron en este cerco, que en otras generaciones estuvieran discantadas y tenidas en mucho, en especial de las mugeres de Temextitan, de quien ninguna mención se ha fecho. Y soy certificado que fué cosa maravillosa y para espantar, ver la prontitud y constancia que tuvieron en servir á sus maridos, y en curar á los heridos ó en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, é en otros oficios para mas que mugeres." Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48.

dados á una voz dieron un grito alborozados, porque luego creyeron que Alvarado habia tomado posesion de dicho templo.

En efecto era así: este valiente oficial cuya calzada distaba de Tlaltilolco menos que las otras, habia cumplido exactamente las instrucciones del general, arrasado todos los edificios que habia encontrado en el tránsito, y llenado todos los fosos con el mayor cuidado. Por fin, llegó á salir frente al gran teocalli, cerca de la plaza del mercado. Mandó á una compañía bajo las órdenes de un oficial llamado Gutierre de Badajoz, que tomase la plaza, lo que no se pudo efectuar sin desalojar á un cuerpo de guerreros mezclados con sacerdotes, que eran mas feroces que los primeros. La guarnición precipitándose por las tortuosas escaleras de la pirámide, embistió con tal furia á los blancos, que estos se vieron obligados á retroceder en el mayor desorden y con alguna pérdida. Alvarado mandó en su socorro otro destacamento el cual tuvo que combatir en el tránsito, antes de llegar á las gradas del templo con otro cuerpo de aztecas que lo atacó por la retaguardia. La posición de los españoles situados entre dos fuerzas enemigas, y atacados desde el templo y por la espalda, era crítica. Con sus espadas y guarecidos por sus adargas lograron despues de esfuerzos desesperados penetrar por entre los mexicanos que su-

bían y arrojarles hasta el átrio del templo, al mismo tiempo que Alvarado rompió sobre ellos un fuego de mesquetería tan mortífero que les obligó á abandonar el campo. Libres de todo peligro por la retaguardia, volvieron los castellanos á la carga, arrojaron á los enemigos hasta la cumbre de la pirámide, y subiendo á la ancha área en que remataba, se trabó en los aires un sangriento combate tan desesperado como debe ser aquel en que se pugna con la certeza de que la derrota es la muerte. Terminóse, como siempre, con la derrota de los aztecas que ó fueron matados en el sitio, todavía teñidos en la sangre de sus víctimas, ó fueron arrojados cabeza abajo desde lo alto del templo.

La área estaba ocupada por varios símbolos del bárbaro culto del país, y por dos elevados nichos ante cuyos horribles ídolos estaban tendidas las cabezas de varios cautivos cristianos inmolados en sus aras. No obstante que esas cabezas estaban envueltas entre largos y enmarañados cabellos y ensangrentadas barbas, los españoles pudieron reconocer las facciones de los camaradas suyos que habían caído en manos del enemigo. Las lágrimas se les saltaron de los ojos al contemplar tan triste espectáculo y al pensar en la horrible muerte que habían padecido. Quitaron de allí con decencia y cuidado los tristes restos, y despues de la conquista los de-

positaron en un lugar sagrado que fué despues ocupado por la iglesia de los mártires.¹

Completaron su obra incendiando el templo para que aquel lugar no volviese á quedar manchado con tan abominables ceremonias. Las llamas cundieron lentamente por el alto teocalli formado de piedra y madera; pero por fin ardió en una sola y vivísima llama, que en forma espiral se elevó en los aires hasta una altura tal que se la veía desde los lugares mas apartados del valle. Esta llama fué la que vieron los soldados de Cortés, y la que sirvió despues á amigos y enemigos de señal para conocer la situación y progresos de los cristianos.

El general y los suyos, estimulados por aquel ejemplo, hicieron al dia siguiente los mayores esfuerzos por no quedarse atras de sus compañeros los de Alvarado. El ancho canal de que arriba hemos hablado, era un impedimento para adelantar: del otro lado del foso se veían las macilentas figuras de los guerreros aztecas, semejantes á las lúgubres sombras que segun nos cuentan los poetas antiguos, andaban errantes á orillas de la laguna Estigia. Sin embargo, arrojaban lluvias de proyectiles, que no eran sombras, sobre los indios ocupados en llenar los fosos con las ruinas de los edificios adyacentes; pero

¹ Oviedo, op. cit., cap. 29. Bernal Diaz, cap. 115. Relac. Terc., págs. 287, 289.

los aliados proseguían su trabajo sin interrupción, ocupando trabajadores nuevos en el puesto de los que caían. Cuando estuvo libre el paso, porque el foso ya estaba completamente lleno, cargó la caballería sobre el enemigo; siguió la infantería armada de lanzas, y la falange invencible arrolló con todos los obstáculos que se le presentaron.

Los de Cortés se encontraron entonces en el mismo terreno que Alvarado. A poco rato llegó éste acompañado de varios oficiales de su división, y abrazó cordialmente á sus compañeros, por la primera vez desde que comenzó el sitio.

Encontrábanse ya á las puertas del mercado: Cortés, acompañado de unos pocos caballeros de los de su división, se encaminó á él á galope. Como recordará el lector, ¹ el mercado tenía grandes dimensiones que eran acomodadas á la inmensa multitud que acudía á él de todas partes en los tiempos florecien-

1 V. antes el Vol. I, pág. 22.

El "teanquisco" ó plaza del mercado, todavía era después de la conquista muy estenso, aunque decaído de su antiguo esplendor; así nos lo dice el P. Sahagún. "Entraron en la plaza ó teanquisco de este Tlatilolco (lugar muy espacioso, mucho más que lo es ahora,) el cual se podía llamar emporio de esta Nueva-España: al cual venían á tratar gentes de toda ella y aun de los reinos á ella contiguos, y donde se vendían y compraban todas cuantas cosas hay en esta tierra y en los reinos de Quahtimalla y Xalisco, cosa cierto mucho de ver. Y lo ví por muchos años morando en esta casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la conquista." Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 37.

tes de la monarquía azteca. Estaba cercado de pórticos y pabellones donde los artesanos y comerciantes ostentaban sus manufacturas y mercancías.

Los descubiertos techos de las plazas estaban ocupados por multitud de hombres y mugeres que miraban en silencio á los hombres de las aceradas armaduras, profanar con su presencia aquel recinto que desde su primera espulsión no habían vuelto á pisar. La multitud, cogida á lo que parece, por sorpresa, estaba inerte y no opuso ninguna resistencia. El general después de reconocer el terreno á su placer, se volvió al ejército.

Luego que llegó adonde este se hallaba, subió al teocalli en cuya cumbre ondeaba soberbio el pabellón de Castilla, en cumplimiento de las profecías aztecas. Al ir subiendo el conquistador por sobre los escombros humeantes, contemplaba tranquilo la devastación que abajo se ofrecía á la vista por todas partes. Los palacios y los templos, las mansiones de las artes y la industria, los relucientes canales poblados de canoas cargadas con mercancías, la real pompa de los bosques y jardines, todo el esplendor de la ciudad imperial había desaparecido, y en su lugar solo se veía devastación y ruinas. ¡Cuán diferentes escenas aquellas, de las que un año antes, con Moteuczoma á su lado, había gozado desde lo alto del templo!

Las siete octavas partes de la ciudad estaban reducidas á ruinas, con excepcion de alguno que otro templo que por su colosal tamaño habria sido largo de destruir. ¹ Quedaba solo á los aztecas un octavo de la ciudad, formado por el barrio de Tlatilolco, en donde se habia refugiado toda la poblacion que no obstante sus pérdidas era todavía muy considerable, y estaba hacinada en un alojamiento en que apenas cabia la tercera parte de ella. Este barrio es el que quedaba entre las calzadas del Norte y del Poniente, y que hoy es conocido con el nombre de "barrio de Santiago." Despues de la conquista fué la residencia predilecta de los indios; pero hoy apenas hay unas cuantas chozas, y forma uno de los barrios mas despoblados de la metrópoli. ² Sin embargo, todavía ofrece vestigios de lo que fué en un tiempo, y el curioso anticuario, y á veces el simple labrador, saca al remover el suelo brillantes fragmentos de obsidiana, una punta de lanza, una saeta ó alguna otra reliquia de guerra que atestigua que en aquel sitio fué donde los aztecas ya derrota-

¹ "E yo miré desde aquella torre, lo que teniamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teniamos ganado las siete." Relac. Terc., pág. 289.

² Toribio, Hist. de las Ind., MS., parte 3, cap. 7.

Los restos de la antigua ciudad todavía pueden verse allí; pero en las demas partes *petiam periere ruinae!*

dos hicieron el último esfuerzo en favor de su patria. ¹

Al dia siguiente hizo Cortés á la cabeza de sus batallones una segunda entrada en el "teanquisco;" pero en esta vez los mexicanos estaban mejor dispuestos á recibirle: habíanse reunido en considerable número en la espaciosa plaza: se trabó un encuentro que aunque refido fué de corta duracion; porque su fuerza no era igual á su resolucion, y se dispersaron á causa del fuego de mosquetería de los españoles, que quedaron por fin enteramente dueños del sitio.

Su primera operacion fué incendiar los templillos que habia dentro del mercado, ó probablemente á sus crillañs. Conforme cundieron las llamas, comenzaron los aterrorizados aztecas á dar los gritos lastimeros que les arrancaba ver la destruccion de las deidades en cuyo patrocinio descansaban. ²

¹ Bustamante, el editor mexicano de Sahagun, dice que él posee algunos de estos despojos militares. "Toda la llanura del Santuario de Nuestra Señora de los Angeles y de Santiago Tlatilolco se ve sembrada de fragmentos de lanzas, con tantos de macanas y flechas de piedra obsidiana, de que usaban los mexicanos, ó sea chinapos, y yo he recogido no pocos que conservo en mi poder." Hist. de la Nueva-España, lib. 12, nota 21.

² "Y como comenzó á arder levantóse una llama tan alta que parecia llegar al cielo; al espectáculo de esta llama todos los hombres y mugeres que se habian acogido á las tiendas que cercaban todo el teanquisco, comenzaron á llorar voz en grito, que ué cosa de espanto el oírlos; porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que habian de ser del todo destruidos y robados. Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 12, cap. 37.

La segunda providencia de Cortés le fué sugerida por un soldado llamado Sotelo que habia servido con el Gran Capitan en las guerras de Italia, donde pretendia él haber aprendido la ciencia del ingeniero, cual entonces se conocia. Se ofreció á construir una catapulta, máquina que servia para arrojar piedras de gran tamaño, y que para la demolicion de los edificios podia hacer las veces de una bateria de grueso calibre. Como las municiones comenzaban á escasear no obstante las provisiones últimamente recibidas, Cortés accedió de muy buena voluntad á una propuesta tan oportuna. Proporcionáronse a engreido maquinista, piedras, madera y considerable número de operarios á quienes dirigia en la construccion de aquel ponderoso aparato que descansaba en una plataforma de mampostería, de treinta pasos en cuadro, y de siete ú ocho de altura, y situada en la medianía de la plaza del mercado. Dicha plataforma era hechura de los príncipes aztecas, y servia de tablado ó foro donde los saltimbanquis y juglares hacian sus juegos y suertes á la vista de populacho que gustaba mucho de esta clase de diversiones.¹

La erección de la máquina exigia varios dias, durante los cuales se suspendieron las hostilidades,

1. Segun Humbolt, todavía se encuentran vestigios dentro del pórtico de la capilla de Santiago. *Essai politique*, tom. II, pág. 44.

habiendo un cuerpo de infantería destinado á cuidar de que los operarios no fuesen inturridos en sus tareas. Por fin, estuvo concluida la máquina, y los indios que con callado miedo habian visto desde las azoteas los progresos de la construccion de aquella, destinada á reducir á escombros su ciudad, sintieron despues con terror su operacion. Colocóse en la madera una piedra de enorme tamaño: púsose en movimiento la maquinaria, y el proyectil fué arrojado de la catapulta con tremenda fuerza. Mas en vez de tomar la direccion de los edificios aztecas, se elevó verticalmente en los aires, y bajando al punto mismo de donde habia partido, redujo á astillas la ominosa máquina. Todo se malogró completamente, y los aztecas se sintieron aliviados del miedo, mientras los españoles armaron gran jácara, algo á costa del general, al cual mortificaba tanto el mal éxito de la tentativa, como su fácil credulidad.¹

1 Bernal Diaz, cap. 155. *Relac. Terc.*, pág. 290. Sahagun, *ubi supra*.